

32°. Domingo Ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la resurrección del cuerpo. Nos invitan a reflexionar sobre la realidad de la vida después de la muerte y el contenido de lo que llamamos la vida eterna. Nos recuerdan también que la resurrección de los muertos es un elemento central de nuestra fe cristiana.

La primera lectura del libro de los Macabeos describe una tragedia que sucedió a una madre y sus siete hijos. En aquel tiempo cuando Israel fue invadido para el rey Antíoco Epifanes de Siria, este arrestó a siete hermanos junto con su madre. Fueron arrestados y torturados a fin de forzarlos a comer carne de puerco, prohibida por la ley de Moisés. En vez de violar la ley, prefirieron morir por amor a Dios.

Cuando eran asesinados atrozmente uno después del otro, mostraron un valor excepcional que impresionó al rey y a sus acompañantes. Aceptaron el sufrimiento con alegría y murieron con sus cuerpos porque esperaban la vida eterna. Creyeron firmemente que Dios que los había creado era capaz de darles la vida nuevamente levantándolos de entre los muertos.

Lo que este texto nos enseña, es que el amor a Dios empuja a algunas personas para que puedan soportar toda clase de sufrimientos por el reino de Dios. Otra idea que tenemos es que la esperanza en la resurrección despierta en los que aman a Dios una convicción firme que los obliga a morir por la promesa de la vida eterna.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla de la resurrección de los muertos. En primer lugar, el Evangelio dice que los Saduceos niegan la resurrección de los muertos.

A fin de avergonzar a Jesús, le hacen una pregunta complicada sobre una mujer que se casó con siete hermanos uno después del otro antes de que esta muriera. La razón por la cual se casó con los siete hermanos era que, según la Ley de Moisés, como está escrito en Deuteronomio 25: 5-6, si dos hermanos viven juntos y uno muere sin hijos, la mujer del difunto tomará a su cuñado para cumplir el deber del cuñado. El primer hijo que tenga retomará el lugar y el nombre del muerto, y así su nombre no será borrado de Israel.

Lamentablemente, los siete tomaron a esta mujer y murieron sin hijos. Entonces, la pregunta a Jesús estaba dirigida para saber de quien sería esposa la mujer cuando llegue la resurrección de los muertos dado que todos la tenían como esposa.

Sintiendo profundamente la intriga de su pregunta, Jesús contestó declarando que el matrimonio es sólo para los hijos de este mundo. En la resurrección, no hay gente que se case o muera porque todos serán como ángeles e hijos de la luz.

A fin de demostrar como los Saduceos se equivocaron y la resurrección era verdadera, Jesús se refirió a Moisés quien, en la revelación del arbusto ardiente, llamó al Señor como Dios de Abraham, Isaac y Jacob, reconociendo así que es un Dios de la vida y no de los muertos, porque para él todos viven.

Esto nos enseña mucho sobre la vida cristiana que quiero compartir con ustedes. De lo que quiero hablar es sobre la esperanza en la resurrección. La resurrección es la enseñanza principal de nuestra fe en Jesucristo y la razón de nuestra esperanza en la

vida eterna. De hecho, actuamos como lo hacemos, y nos comportamos como cristianos porque tenemos una convicción profunda de que al final de este viaje, Dios permitirá que tengamos un lugar especial en su reino y compartiremos su vida divina.

Este mensaje de la resurrección no es una ilusión o un sueño o un deseo que queremos que sea cumplido al final de esta vida. Está basado en la resurrección de Jesús que es un acontecimiento que ocurrió en este mundo, que es histórico y auténtico al cual la gente puede referirse en la historia humana. Como San Pablo dice, si Jesús no resucitó de entre los muertos, vana es nuestra fe y consideremos a Dios como un mentiroso. Y no obstante, es verdad que Jesús resucitó (1 corintios 15, 12-19).

¿Cuál es la consecuencia de tal afirmación? La consecuencia es que al ser Jesús resucitado, nosotros compartiremos también su resurrección. Lo que le pasó a él nos pasará también a nosotros, porque Dios nos resucitará con él. Su resurrección es el modelo de nuestra propia resurrección de entre los muertos. Lo que Dios hizo con Jesús, él lo hará también con nosotros.

Como la resurrección significa la participación en la vida de Dios, esta vida a la que nos referimos no se compara a la vida de este mundo con sus pasiones humanas, emociones y deseos como, por ejemplo, el hecho de casarse. Es algo completamente diferente a lo que será la felicidad eterna en donde el hecho de ver a Dios cara a cara nos colmará completamente de alegría. Por eso, en la presencia de Dios, no hará ningún dolor o sufrimiento, o matrimonio y todas esas pequeñas cosas que nos hacen sentir la carga de este mundo.

A causa de la esperanza en la resurrección de los muertos, tenemos que vivir prudentemente en este mundo con los ojos fijos en donde Jesús está. Tenemos que andar con Jesús mano a mano hasta el último minuto de nuestra vida, sabiendo que si morimos con él, viviremos con él.

La fe en la resurrección muda la luz en todo lo que hacemos en este mundo. Nos da el coraje para apoyar dolores, sufrimientos y contradicciones de la vida presente, porque creemos firmemente que las cosas serán diferentes. La esperanza en la resurrección cambia nuestro modo entero de mirar la existencia humana y los problemas de este mundo. No es una invitación a despreciar este mundo como si no tuviera sentido, sino de hacer de él un lugar que nos permita prepararnos a la vida futura con Dios.

Mientras estamos todavía en la tierra, preparémonos a la resurrección a través de nuestra oración diaria. Como San Pablo nos recomienda, oremos unos por otros y animémonos unos a otros hasta el último día. En el tiempo de adversidad y crisis, recemos con perseverancia para que seamos liberados de los hombres perversos y malvados. Que Dios nos guarde de todo mal hasta el día de nuestra vida eterna cuando lo veremos cara a cara y compartiremos su vida eterna. ¡Que Dios los bendiga a todos!

2 Macabeos 7, 1-2. 9-14; 2 Tesalonicenses 2, 16-3, 5; Lucas 20, 27-38



Fecha de la Homilía: el 10 de Noviembre, 2013
© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20131110homilia.pdf